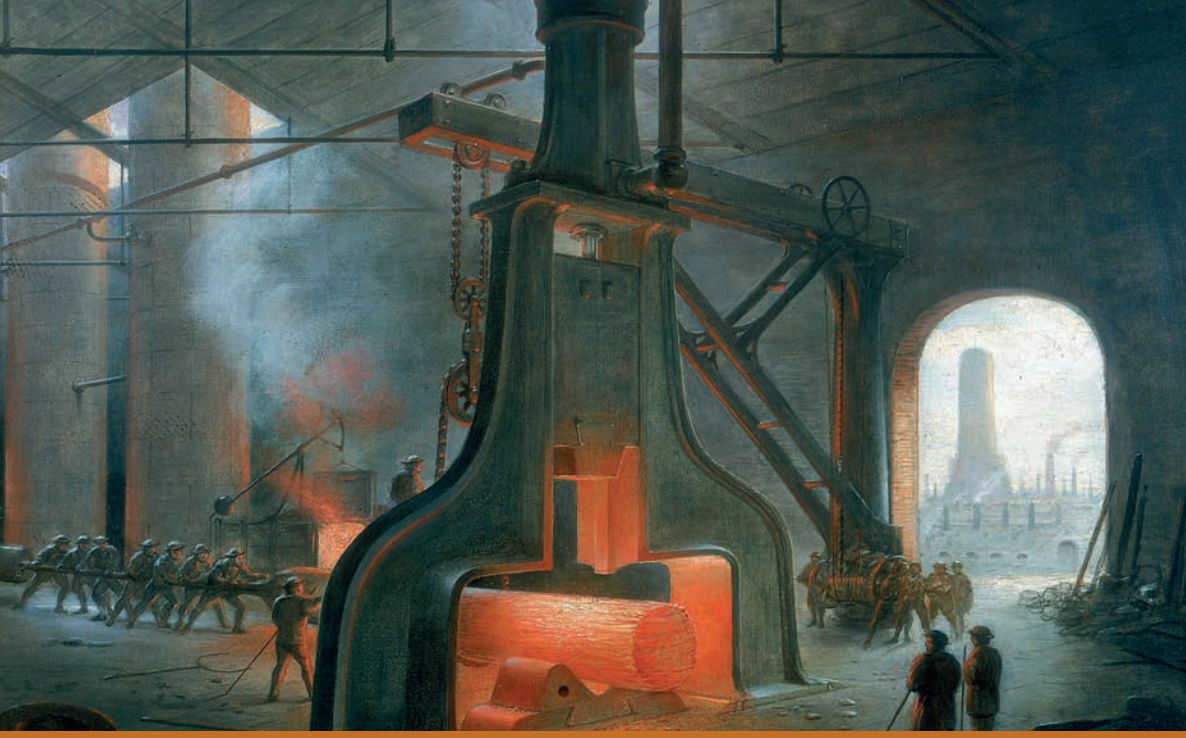

Vera Zamagni

UNA HISTORIA ECONÓMICA

EUROPA DE LA EDAD MEDIA A LA CRISIS DEL EURO

LIBROS *de* HISTORIA

VERA ZAMAGNI

UNA HISTORIA ECONÓMICA

EUROPA DE LA EDAD MEDIA A LA CRISIS DEL EURO

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2016

Una historia económica. De la Edad Media a la crisis del euro
Vera Zamagni

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Perché l'Europa ha cambiato il mondo: una storia economica*

© 1999 by Società editrice il Mulino. Seconda edizione 2015

© de la traducción, Jordi Pascual Escutia, 2001
© de la traducción, Lara Cortés, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-04-2
Fotocomposición: Víctor Igual
Depósito legal: B. 15.859 - 2016
2016. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Capítulo 1

LAS CIVILIZACIONES AGROMERCANTILES AVANZADAS ENTRE LA EDAD MEDIA Y LA EDAD MODERNA

1. Una ojeada al desarrollo económico del mundo a lo largo de un extenso período. El papel de las instituciones

Para apreciar plenamente el profundo cambio que impuso la revolución industrial a la vida de la humanidad es preciso volver a los estudios que contemplan largos períodos de tiempo y trazan el devenir de las civilizaciones humanas desde el punto de vista económico. Durante decenas de miles de años, la humanidad vivió en un régimen económico basado en la caza, la pesca y la recogida de frutos silvestres. Los seres humanos llevaban una vida nómada, en continuo movimiento, sin poder asentarse establemente en ninguna parte, dado que todo aquello que la naturaleza les ofrecía de forma espontánea se agotaba enseguida. Las cavernas eran el refugio más común, sustituido después por tiendas o cabañas que se levantaban rápidamente. La esperanza de vida al nacer (también conocida como «vida media») estaba entre veinte y veinticinco años, y las opciones de multiplicar la población eran escasas, dadas las duras condiciones del entorno (véase el cuadro 1.1). Los seres humanos vivían en pequeños grupos aislados y con una organización social muy rudimentaria. En muchas zonas, esta situación, que ciertamente podemos calificar de primitiva, apenas ha evolucionado. Aquí y allí se desarrolló un poco de artesanía, especialmente textil, pero cuando no podían permanecer desnudos a causa de los rigores del clima, a menudo los seres humanos se cubrían sencillamente con pieles. Por eso aquellos lugares que presentaban de forma estable temperaturas elevadas eran los más adecuados. Se trataba, por tanto, de una

CUADRO 1.1. *Población de determinadas zonas (expresada en millones)*

	1000	**1500**	**1600**	**1700**	**1820**	**1870**	**1911**	**1952**	**2008**	**Índice 2008 1500 = 1**
Europa occidental	26	57	74	81	169	233	335	399	520	9
Estados Unidos	1	2	1,5	1	10	40	94	183	303	151
Japón	7,5	15,5	18,5	27	31	34	50	87	127	8
China	60	103	160	138	381	358	428	569	1.327	13
India	75	110	135	165	209	253	303	372	1.125	10
Latinoamérica	Sin datos	Sin datos	Sin datos	Sin datos	22	40	78	175	575	Sin datos
México	4,5	7,5	2,5	4	6,5	9	15	30	110	15
Brasil	1	1	1	1	4,5	10	22	55	192	192
Antigua Unión Soviética	7	17	21	27	55	89	156	186	287	17
Federación de Rusia									142	

Fuente: Base de datos original de Angus Maddison, disponible en la Universidad de Groninga (www.ggdc.net/maddison).

civilización itinerante, que no podía acumular ni echar raíces; a lo sumo, podía transmitir oralmente sus tradiciones.

En algunas zonas, especialmente las más templadas de Asia, de Europa, de América y de África septentrional, tuvo lugar, aproximadamente a partir del año 9000 a. C., una evolución hacia una *civilización agrícola-pastoril*,[1] en la que se cultivaba la tierra y se criaban los animales, primero en régimen de transhumancia y después en un lugar fijo. Ello hizo posible las primeras formas de estabilidad. Los vestigios más antiguos de aldeas permanentes se han identificado en Jericó (Palestina) y en Oriente Medio, hacia 7000 a. C. En tiempos posteriores, se tiene noticia de asentamientos en Centroamérica, en Asia Meridional y en China. Desde estos lugares, la que Cipolla define como la «revolución agrícola» se difundió por muchas partes de Europa y de Oriente. La civilización agrícola-pastoril demostró tener una notable capacidad acumulativa y presenció el florecimiento de ciudades e imperios, la expansión de la población y la difusión de la «cultura», tanto en sentido material (técnicas de cultivo) como en sentido espiritual. Se desarrolló la escritura —aunque no en todas partes—, y el amor por el conocimiento, que podía transmitirse con más facilidad por medio de aquella, y aparecieron célebres bibliotecas. La escasa capacidad para controlar el entorno (acontecimientos naturales, epidemias debidas al exceso de población de las ciudades) y la elevada conflictividad generada por los asentamientos que permitían mantener poderosos ejércitos en posición de defensa o ataque mantuvieron la esperanza de vida a un nivel que no difería sustancialmente del de las sociedades primitivas. Sin embargo, entre ambas sociedades no había ni punto de comparación en lo que respecta a la multiplicación de la población y a la capacidad evolutiva. Si la civilización primitiva no sabía más que sobrevivir, la civilización agrícola-pastoril reveló pronto el gusto por lo nuevo, como enseña la aventura de Ulises —aunque lo nuevo fuera arriesgado—, y siempre huyó hacia delante.

Hubieron de transcurrir milenios, entre pavorosos retrocesos y períodos de estancamiento, pero también con aventuras fascinantes como las de las civilizaciones griega, romana, árabe, india, china, inca o azteca, antes de que la capacidad de progreso intrínseca en la acumulación del conocimiento llegase a transformar a la civilización agrícola-pastoril en la civilización *industrial*. Ello tuvo lugar en Europa entre los siglos XVI y XVIII d. C., transcurridos unos nueve milenios de civilización agrícola-pastoril. En la nueva civilización industrial, que hasta ahora ni siquiera ha cumplido tres siglos de

existencia, la esperanza de vida se ha triplicado, la población del mundo ha superado la cifra de siete mil millones de personas y la urbanización se ha difundido de una forma extraordinaria. Pero, sobre todo, los que han cambiado radicalmente han sido los modos de vida y de trabajo, como veremos con detalle en esta obra. Lo que se advierte de inmediato es que una civilización comparativamente tan «joven» como la industrial ha sido sorprendentemente capaz de una transformación radical en un período mucho más breve que los anteriores. Si ha sido definida como «revolución» es precisamente por esta capacidad transformadora, y no, desde luego, por el ritmo con que se ha realizado, incomparablemente más lento que los de las revoluciones políticas, donde la palabra «revolución» denota no solo un cambio radical de régimen, sino también una transformación que tiene lugar de forma repentina. En economía, todos los cambios «revolucionarios» se producen en períodos de tiempo largos, aunque es cierto que cada vez tienden a ser más breves.

Es, pues, un enfoque que tiene en cuenta largos períodos, aunque más centrado en lo geográfico o en lo histórico, lo que nos servirá para explicar por qué un acontecimiento como la revolución industrial se ha producido en Europa y no en otra de las muchas áreas con civilización agrícola-pastoril existentes en el mundo. Pero para afrontar este problema es útil introducir previamente algunas consideraciones relativas a los elementos que, según se piensa, se encuentran en la base de una civilización económica y socialmente «progresiva». Los elementos explicativos que los estudiosos han considerado significativos han sido los siguientes: el clima, la localización geográfica, los recursos naturales, la visión filosófico-religiosa del mundo y la organización de la sociedad, con la creación de instituciones a tal efecto. Los estudios en cuestión ya han demostrado que los tres primeros elementos han desarrollado un papel de mera «facilitación» dentro de sociedades cuyo dinamismo dependía, en realidad, de otros factores. Se ha observado, en efecto, que las civilizaciones más dinámicas se localizaban en áreas de clima benigno y con aguas que facilitaban el transporte, la irrigación y la vida en común. Pero hasta hace muy poco aún eran muchas las áreas de este género que no se habían desarrollado, como también es cierto que el mundo está lleno de áreas riquísimas en recursos naturales que, para evolucionar, han tenido que esperar la inmigración de personas de países lejanos, porque las poblaciones locales no fueron capaces de percibir las oportunidades ofrecidas por los recursos disponibles ni de aprovecharlas de un modo eficaz. El

ejemplo más evidente en este sentido es el de Norteamérica, donde, hasta el siglo XVI, vivió una población dispersa geográficamente que alcanzó un nivel de civilización seminómada. Para que un área de tales dimensiones se desarrollara, hubo que esperar a la inmigración de los colonos procedentes de Europa, que, a partir del siglo XVI, y sobre la base del universo cultural que traían consigo, imprimieron al lugar un dinamismo que nunca antes se había conocido en él.

Así pues, el verdadero papel estratégico en la determinación del grado de capacidad de progreso de las diversas sociedades lo han desempeñado las visiones filosófico-religiosas del mundo y la organización de la sociedad que de ellas se desprende, con las diversas instituciones políticas y económicas surgidas en consecuencia. No solo los historiadores están de acuerdo en aplicar un enfoque institucional al estudio de las diferentes civilizaciones: también lo están investigadores de otras disciplinas, como antropólogos, sociólogos y economistas. Entre ellos destaca Douglas North, experto estadounidense en historia económica al que, en 1993, se le concedió el premio Nobel de Economía precisamente por su análisis histórico de las instituciones económicas. En su obra de 2005 recuerda lo siguiente:

> El núcleo central [de la transformación económica] que nos interesa ... es el resultado de los esfuerzos que realizan los seres humanos con el fin de controlar su entorno. Por eso, lo prioritario es la transformación institucional, con todo lo que ello implica en términos de estímulos para los cambios demográficos y la acumulación de conocimientos.[2]

Tras aclarar que «la estructura institucional ... constituye una combinación de reglas formales, vínculos informales y los correspondientes mecanismos de sanción»,[3] North insiste en que la cultura de la que derivan las instituciones y hasta las decisiones económicas va mucho más allá de la «racionalidad instrumental» —es decir, la racionalidad medios-fines— que aplican en sus modelos los economistas de lo que se conoce como la *mainstream*.* Así lo expone North:

> Las creencias y su evolución ocupan el lugar central de las cuestiones teóricas de este libro. Sin embargo, buena parte de los economistas ... ha ignorado el papel que desempeñan las ideas a la hora de tomar las decisiones [económicas]. Para los economistas, bastaba con asumir como certeza la racionalidad

* Corriente dominante de pensamiento. (*N. de la t.*)

> [instrumental] ... En realidad, la aceptación acrítica de esta asunción de la racionalidad tiene consecuencias nefastas para buena parte de los problemas más importantes a los que se enfrentan los expertos en ciencias sociales y representa el principal obstáculo en el camino hacia cualquier progreso futuro.[4]

Para entender bien cómo el discurso sobre las instituciones y sobre la cultura que está tras ellas es mucho más que un fundamento de mera racionalidad instrumental, resulta necesario introducir igualmente el concepto de la *path dependence* o dependencia del camino. Este enfoque, desarrollado por Paul David,[5] sostiene que la explicación de numerosas configuraciones tecnológicas e institucionales debe buscarse en un determinado recorrido histórico, y no en leyes económicas racionales y de aplicación universal. Son las cadenas de acontecimientos, en ocasiones incluso casuales, las que en último término descartan alternativas que en un principio eran posibles y las que limitan el campo de las decisiones a la configuración específica que acaba cristalizando. Resulta obvio que esto es cierto en todos aquellos países que no se han desarrollado (en realidad, tan solo la inercia histórica y el hecho de permanecer «amurallado» o, como se diría en inglés, *locked in*, en su propio mundo tradicional explican que un país no avance cuando los demás sí lo hacen), pero también lo es en el caso de aquellos que se desarrollan y tienden a permanecer vinculados a la forma particular que el desarrollo adoptó en su origen, aun cuando luego aparezca alguna novedad especialmente intensa que convendría que introdujeran (esa vinculación, por cierto, los arrastra al declive).

Así pues, trataremos de comparar mediante estas herramientas interpretativas las principales civilizaciones agrícolas en sus fases avanzadas para comprender qué cultura, creencias e instituciones determinaron, entre los siglos XVI y XVIII, un destino económico distinto.

2. Una comparación institucional entre economías agrícolas avanzadas

Tradicionalmente, y, en buena medida, también en las obras de North, el análisis institucional se ha aplicado de forma exclusiva al mundo occidental de origen europeo para explicar por qué fue Gran Bretaña el primer país en industrializarse —tema este que también abordaremos aquí, en el capítu-

lo 3— y por qué Estados Unidos sucedió a Gran Bretaña en su liderazgo —otro asunto del que nos ocuparemos ampliamente a lo largo de varios capítulos—. Sin embargo, el reciente auge económico de China y la India ha dado lugar a una interesantísima literatura que aspira a un objetivo más «mundial»: explicar por qué fue Europa la primera en industrializarse, en lugar de China, la India o el mundo islámico. Llega incluso a especular con la posibilidad de que la hegemonía occidental pueda considerarse temporal, en tanto en cuanto no se trata del fruto de una superioridad estructural.[6] En este apartado resumiremos la nueva literatura al respecto. Pero antes de ello, es necesario que nos detengamos un instante a definir qué entendemos por Europa.

Como es sabido, Europa nunca ha existido como entidad estatal unitaria. Ni siquiera en la época del imperio romano, que comprendía el África septentrional y Asia Menor, pero no acababa de controlar sus zonas más al norte y al este. Tampoco su raíz cultural, que derivaba tanto de Grecia como de Roma (con sus diferentes contribuciones, no todas ellas latinas en el sentido estricto de la palabra), procedía únicamente del área reconocida como Europa, ya que uno de sus componentes decisivos —el cristianismo— tenía sus orígenes en Palestina. Sin embargo, por motivos geográficos (el hecho de lindar, al oeste, con un océano protector, pero también limitante), históricos (el desarrollo de la religión musulmana al sureste del Mediterráneo) y religiosos (la difusión del cristianismo hasta entre los pueblos eslavos), Europa se constituyó como un continente limitado por mares al oeste, al sur y al norte, y con unas fronteras mucho menos nítidas en el este, determinadas más por factores culturales (la expansión del cristianismo) que geográficos. Las fronteras del este fueron las más permeables,[7] con la presencia de importantes asentamientos islámicos e incluso asiáticos, y con profundos cambios históricos. En el interior del continente se desarrolló una dinámica muy intensa, a partir de contaminaciones culturales, enfrentamientos militares e intercambios económicos que unieron los destinos de muchas formas diferentes.[8] Por eso es correcto hablar de «Europa», dado que todos los estados que históricamente han formado parte de ella han vivido existencias políticas, económicas y culturales interconectadas, aun cuando el continente jamás haya estado políticamente unido (tema este que aún reviste gran importancia). Como es lógico, en Europa, al igual que en el resto de las grandes áreas del mundo, las diferencias internas han sido considerables, como tendremos ocasión de analizar más adelante.

La comparación de instituciones que proponíamos se resume en el cuadro 1.2, en el que solo figuran tres áreas: Europa, el mundo islámico y China. No se han tenido en cuenta las civilizaciones agrícolas de Centroamérica (incas, aztecas y mayas) por tratarse de culturas aisladas, escasamente alfabetizadas y con un mercado poco desarrollado. Además, los europeos las dominaron claramente en una fase en la que no estaban muy evolucionadas y eran incapaces de dar batalla, por lo que no cabe considerarlas como candidatas para una posible comparación con la civilización europea en lo que respecta a los requisitos necesarios para la industrialización. En cambio, la exclusión de la India es un caso diferente y resulta más difícil de argumentar. Hasta el tercer milenio a. C., en este país existió una compleja civilización agrícola, coincidente en muchos aspectos con China o Europa. En los siglos que nos interesan aquí, gozaba, además, de una actividad mercantil sofisticada y de cierto éxito. Su vida intelectual y religiosa era, en muchos aspectos, original, ya que presentaba elementos de laicidad del estado y de pluralismo que no existían en otras zonas de Asia —como ha defendido con autoridad Amartya Sen,[9] entre otros— y que estuvieron detrás de la evolución democrática que vivió el país en el siglo XX. Sin embargo, no pudo desarrollar una capacidad de autodefensa político-militar de sus tradiciones culturales ni de su economía, por lo que no consiguió resistir frente a la conquista musulmana (que estableció el imperio mongol durante más de quinientos años, es decir, hasta el siglo XVII) ni frente al dominio inglés, que se inició con la penetración de la *East India Company* (véase el capítulo 2) en el siglo XVII.[10] Por eso, tampoco la India puede considerarse candidata para una comparación de civilizaciones utilizando como criterio la posibilidad de desarrollar en su seno una revolución industrial, dado que carecía de los requisitos institucionales, fundamentalmente de tipo político, de los que en cambio sí disponían las demás áreas que aquí tenemos en cuenta.

Pasemos, pues, a comentar el cuadro 1.2. Las tres civilizaciones que se analizan en él habían desarrollado mucho tiempo atrás la escritura, la manufactura (en el sentido original de la palabra, es decir, la producción de artículos a mano o con la ayuda de instrumentos mecánicos) y el comercio, y, en consecuencia, la vida urbana, aun cuando la agricultura siguiese siendo la actividad más extendida. Se basaban en religiones y filosofías diversas, pero todas ellas compartían la confianza en la racionalidad del ser humano, en una ética de las virtudes —aunque se concretase en formas muy diferentes— y en

CUADRO 1.2. *Comparación entre civilizaciones agrícolas avanzadas a partir de algunas dimensiones estratégicas para el desarrollo económico*

	China (siglos VII-XVI)	**Mundo islámico (siglos VIII-XVI)**	**Europa (siglos XI-XVI)**
Libertad	Gobierno absolutista, imperio unificado, elevada posición de la burocracia, baja posición de los mercaderes, existencia de castas	Gobierno teocrático, fragmentación política antes de la creación del imperio otomano, fronteras móviles, mercaderes sin poder político, organización empresarial menos funcional (empresas de clan familiar de responsabilidad ilimitada)	Ciudad-estado con autogobierno de los mercaderes, fragmentación política, al oeste fronteras limitantes, pero protectoras, y extenso mar interior, organización empresarial funcional (no familiar y de responsabilidad limitada)
Orden	Estabilidad, ejército a efectos puramente defensivos	Inestabilidad antes de la creación del imperio otomano, guerras de conquista	Estado general de guerra para defender la independencia y también para conquistar
Justicia	Protección de los derechos sobre el cultivo de la tierra, pero, en general, arbitrariedad del emperador	Arbitrariedad de las élites	Impersonal, basada en códigos y el *habeas corpus*, protección de los derechos de propiedad
Imposición	Leve y, a menudo, imprevisible (confiscación)	Leve	En progresivo aumento, pero *no taxation without representation*. Incremento de la deuda pública, gran capacidad fiscal
Bienes públicos	Algunos (diques, la Gran Muralla)	Escasos	Cada vez más: infraestructuras, educación, hospitales, mercantilismo, instituciones económicas, estado del bienestar (*Poor Laws*), Hacienda Pública

Fuentes: Elaboración propia a partir de J. A. Hall, *Power and Liberties*, Oxford University Press, Oxford, 1985; E. L. Jones, *Growth Recurring. Economic Change in World History*, Oxford University Press, Oxford, 1988; K. G. Deng, «Development and its deadlock in Imperial China, 221 b.C.-1840 a.D.», en *Economic Development and Cultural Change*, 51 (2003), 2, pp. 479-522; A. Greif, *Institutions and the Path to the Modern Economy. Lessons from Medieval Trade*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006; T. Kuran, *The Long Divergence. How Islamic Law Held Back the Middle East*, Princeton University Press, Princeton, 2011; L. Brandt, D. Ma y T. G. Rawski, «From divergence to convergence: Reevaluating the history behind China's economic boom», en *Journal of Economic Literature*, 52 (2014), pp. 45-123; G. Hubbard y T. Kane, *The Economics of Great Powers Balance from Ancient Rome to Modern America*, Simon and Schuster, Nueva York, 2013; R. C. Allen, T. Bengtsson y M. Dribe (eds.), *Living Standards in the Past*, Oxford University Press, Oxford, 2005; E. H. Mielants, *The Origins of Capitalism and the Economic Change in China and Europe*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2011; D. Armitage y S. Subrahmanyam (eds.), *The Age of Revolutions in Global Context 1760-1840*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2010.

la difusión de la cultura y de las artes. A partir de estos fundamentos, consiguieron importantes avances tecnológico-científicos y de gestión empresarial. El hecho de que en el cuadro se consideren períodos distintos tiene que ver con que la caída del imperio romano provocó en Europa un retraso que solo se resolvió a duras penas. La literatura reciente, de hecho, sostiene que no hay duda alguna de que, hasta el siglo XI, China y el mundo árabe eran áreas más avanzadas que Europa, como lo demostró su capacidad para mantener a una amplia población. No se trataba en modo alguno de países estancados, como tantos autores eurocéntricos creyeron en el pasado, desde Adam Smith y Marx hasta Max Weber. Disponían de complejas máquinas militares, de una actividad mercantil floreciente y de valiosas manufacturas (textiles, cerámica), pero no presentaron la misma capacidad para mantener el ritmo del desarrollo a lo largo de los siglos.

Para comprender los motivos de la «gran divergencia» —afortunada expresión que utilizó por primera vez Pomeranz—,[11] en el cuadro 1.2 se comparan varias dimensiones fundamentales de las tres sociedades. En la primera línea se analiza la forma de gobierno (*libertad o absolutismo*). En China siempre han prevalecido los gobiernos absolutos que protegían paternalmente a sus súbditos, pero sin darles voz. En el caso del mundo islámico, el gobierno estaba sujeto (y lo sigue estando en la actualidad) a los preceptos religiosos, con legislaciones que siempre venían dictadas desde arriba. Con frecuencia se ha explicado que no todos los gobiernos absolutos son gobiernos codiciosos y contrarios al desarrollo económico. De hecho, muchos de ellos tratan de fomentar el progreso, sobre todo con idea de enriquecer a las élites que acaparan el poder a través de la burocracia, de armar ejércitos y de convertirse en una potencia a nivel internacional. Pero las legislaciones que emanan de arriba nunca son tan favorables a la actividad económica individual como las que están diseñadas por los propios sujetos de la economía, que es lo que ocurrió en Europa, primero en las ciudades y después en los estados autogobernados por las élites económicas o gobernados con la participación de estas. Además, la libertad de la que gozan los individuos en las sociedades que cuentan con gobiernos representativos no puede compararse con la que se permite en las sociedades con gobiernos absolutos. En los capítulos 2 y 3 documentaremos ampliamente estas afirmaciones. Como escribió con razón North (entre otros muchos autores):

> En Europa, la ausencia de un orden político y económico a gran escala creó un ambiente esencialmente favorable al crecimiento económico y, en último término, a la libertad humana. En ese ambiente competitivo descentralizado se recorrieron numerosos caminos: ... la clave del éxito fue la variedad de opciones aplicadas: una variedad que aumentó la probabilidad de que algunas de las soluciones adoptadas produjese un crecimiento económico.[12]

Sin embargo, es cierto que resulta más fácil que se creen instituciones «extractivas» en detrimento de las «inclusivas» en los gobiernos absolutos que en los gobiernos participativos o, de uno u otro modo, democráticos. El contraste entre *instituciones extractivas e instituciones inclusivas* es el objeto de la investigación de Acemoglu y de Robinson,[13] que califican de extractivas a las instituciones que ponen el superávit económico producido a través de la extracción de las rentas (especialmente a través de la imposición y las finanzas) al servicio del enriquecimiento de unos pocos, y de inclusivas a las instituciones que permiten a un gran número de personas (idealmente, todas) participar en la actividad económica en igualdad de oportunidades. Según ambos autores, el desarrollo al que dan lugar las instituciones extractivas está inevitablemente limitado en el tiempo, mientras que el que generan las instituciones inclusivas es sostenible y acumulativo. En definitiva, la fragmentación política característica de Europa, por la que se crearon pequeñas entidades estatales, suponía un importante estímulo para que los gobiernos buscasen el mejor modo de incrementar la riqueza, tanto desde el punto de vista tecnológico como desde el organizativo y militar.[14]

La segunda dimensión —el *orden*— es una consecuencia directa de la primera. Las grandes entidades estatales, como China, disponen de numerosos recursos internos y todo su interés se centra en la conservación del *statu quo*, lo que favorece la tendencia a aislarse y defenderse. Las pequeñas entidades, en cambio, tratan constantemente de aumentar su tamaño y organizar campañas de conquista. Desde esta perspectiva, el permanente estado de guerra en el que se encontró Europa entre la Edad Media y el siglo XX fue el precio que pagó por aquella fragmentación que creó estímulos mucho mayores para el crecimiento económico que los que se dieron en China. Las exploraciones geográficas de las que hablaremos en el capítulo 2 fueron otro de los resultados de la fragmentación política y de la carrera por incrementar las riquezas de los pequeños estados europeos, cuyos recursos fueron siempre muy limitados.[15]

El permanente estado de guerra en el que se vieron inmersos los países

europeos y que Hoffman definió como «el modelo competitivo del torneo» fomentó la aplicación de tecnologías para fines militares, mejoró las capacidades estratégicas de los políticos y caudillos e impuso sistemas financieros cada vez más eficientes para sostener las empresas bélicas.[16]

El mundo islámico vivió unas guerras de conquista mucho más parecidas a las europeas que a las chinas, en parte porque durante mucho tiempo (antes de la creación del imperio otomano) sufrió una fragmentación interna, aunque su posición geográfica tampoco le fue de ayuda: por una parte, se enfrentó a los europeos, que le cerraron el paso al oeste y al norte; por otra, con la India y los pueblos asiáticos del este. Es cierto que el islam conquistó a la India (a través del imperio mongol, como ya se ha recordado). Sin embargo, las poblaciones asiáticas (primero con Gengis Kan y luego con los turcos otomanos) conquistaron y, en ocasiones, aniquilaron a los estados islámicos, aun cuando se convirtieran ellas mismas al islam. Al final, fueron los turcos otomanos los que construyeron un imperio islámico, en el siglo XVI, sobre las ruinas de los estados precedentes, pero muy pronto se vieron en apuros, especialmente por el agotamiento de sus fuentes económicas (el Mediterráneo y el mar Rojo perdieron claramente su puesto frente a las rutas atlánticas y el Nuevo Mundo) y también de su forma de gobierno absoluto. Además, la posición geográfica desalentó al mundo islámico a participar en las exploraciones territoriales, destino este que compartió con las ciudades italianas.

La tercera dimensión —la *justicia*, en el sentido jurídico del término— resulta muy significativa cuando se contempla junto con el sistema de gobierno: si este último adopta la forma absoluta, la justicia será arbitraria; si, por el contrario, tiene una forma representativa y, más tarde, democrática, la justicia se adaptará cuando menos al principio de «igual para todos» y no admitirá privilegios. La tradición jurídica del imperio romano (*habeas corpus*, es decir, que nadie puede ser perseguido ni no existen pruebas de su culpabilidad), heredada por Europa, fue, en este sentido, muy positiva.

Con las dos últimas dimensiones nos acercamos al papel que desempeña el estado, tema este que volveremos a abordar en el capítulo 4. Europa se distingue por presentar una *imposición* más elevada y eficiente, necesaria en un primer momento para fines militares, pero utilizada también para contar con una mayor producción de aquellos bienes y servicios que no era conveniente que fabricaran los particulares (los denominados «bienes públicos») y que, poco a poco, demostraron ser estratégicos para el desarrollo. Se trata de

un tipo de actividad pública que integra —y no sustituye— la iniciativa privada. Se ha comprobado que también dentro de Europa eran los estados con instituciones más representativas los que imponían más tasas a sus ciudadanos con el fin de ofrecerles una mejor defensa y más apoyo para el ejercicio de sus actividades. Precisamente por lo elevado de los impuestos que los estados europeos exigían, la población acabó por exigir un control del uso que se les daba, de acuerdo con la célebre expresión acuñada en Gran Bretaña *no taxation without representation* (ningún impuesto sin representación).[17] También fue por esta razón por la que se adoptaron formas cada vez más comunes y amplias de participación en la dirección de los negocios del estado, que ya no eran de la exclusiva competencia del «soberano». Formas que, con el tiempo, dieron lugar a una verdadera democracia política.

Así pues, la comparación entre las tres civilizaciones que se propone en el cuadro 1.2 lleva a pensar que Europa se perfila como el área en la que las libertades individuales acabaron recibiendo una mayor protección, primero a través de la existencia de instituciones políticas que no solo respetaban al individuo, sino que también estaban dispuestas a interpretar y apoyar sus iniciativas económicas, y después a través de una pluralidad de instituciones en el ámbito de la cultura: recuérdense las universidades libres, institución característicamente europea en la que los intelectuales disfrutaban no solo del derecho de exponer públicamente sus diferentes puntos de vista, sino también de transmitirlos a nuevas generaciones de alumnos, que podían pasar de un centro a otro (se hablaba entonces de los *clerici vagantes*) para hacerse con un saber crítico. Precisamente la libertad de pensamiento y de empresa es la base de un progreso económico que se mantiene por sí mismo y de la variedad de realidades económicas que genera la competencia, esto es, el estímulo más poderoso para la mejora continua de la utilización de los recursos.

Por tanto, cabe concluir que Europa supo desarrollar un ambiente favorable a la innovación (tecnológica[18] e institucional) porque contaba con una mayor libertad y una mayor seguridad jurídica, que sentaba unas bases más seguras para el cálculo económico ligado a las inversiones. Además, los poderes públicos brindaban mayor apoyo a la iniciativa individual por la vía subsidiaria, ya fuese en el terreno político y militar, ya en el económico (bienes públicos). Los fundamentos filosófico-religiosos de Europa demostraron ser estratégicos a la hora de crear y mantener esta dinámica política, cultural y económica.[19] Dichos fundamentos pueden resumirse en cuatro puntos:

El primer fundamento consiste en la definición de la *persona como único valor absoluto*, dado que, de acuerdo con el cristianismo, el ser humano se creó a imagen y semejanza de Dios y se compone de cuerpo y alma, esto es, de aspectos materiales y espirituales, que conviven entre sí. La libertad y la justicia proceden de este centro de la persona. Pues bien, cuanto más se ha afirmado este principio, más atrás se ha dejado el absolutismo y la esclavitud y más se han eliminado los privilegios y las discriminaciones, hasta llegar a proclamar la igualdad de todas las personas —varón/mujer, niño/anciano, rico/pobre, enfermo/sano, fuerte/débil—, lo cual ha tenido efectos fundamentales en el campo político —un gobierno representativo y, más adelante, democrático— y económico —la libertad de iniciativa individual—.[20] A partir de esta base, y a partir de san Benito (*ora et labora*), se revisó también el concepto de trabajo, que empezó a considerarse como una actividad ya no de esclavos, sino de seres humanos libres. Los monjes, tanto los benedictinos como los cistercienses, fueron los primeros en poner en práctica esta nueva idea del trabajo, que, al quedar en manos de hombres libres y con la facultad de pensamiento, permitió mejorar la productividad. De hecho, los primeros tratados sobre máquinas capaces de sustituir o de complementar el trabajo humano fueron escritos por monjes.

El segundo fundamento es consecuencia del primero: si cada persona se ha creado a imagen y semejanza de Dios, la relación fundamental entre los seres humanos es una *relación horizontal*, de fraternidad. En consecuencia, la solidaridad, la confianza y las relaciones de negocios no se limitan al clan, sino que se extienden de forma universal. Por eso surgieron instituciones electas (y ya no ligadas a la familia y al clan) e impersonales (en el sentido de que se abrieron también a personas desconocidas), debido a la necesidad de establecer mecanismos formales de sanción (tribunales especializados) y de fe pública (notariado), como se verá en el capítulo 2. El cristianismo fue (y aún es) un poderoso centro desde el que se irradiaba esta fraternidad universal. Fueron fundamentalmente los franciscanos quienes trabajaron, desde el punto de vista teológico y filosófico, el concepto del *bien común*, que determinó la necesidad de que la actividad de mercaderes y manufactureros persiguiera la prosperidad de la comunidad correspondiente y justificaba el enriquecimiento individual únicamente si era consecuencia de dicha prosperidad.[21] De este fundamento derivó la mentalidad «expansiva» de los mercaderes europeos, que los empujó a superar sus límites y a emplear todos los medios que estuvieran a su alcance para aumentar su volumen de

negocios.[22] Así nació la economía «civil», es decir, la economía al servicio de la ciudad, en la que cada cual encontraba su papel a través del trabajo bien hecho, de la transacción adecuada y correcta, de la división de las tareas y de la responsabilidad conjunta con respecto a las necesidades de la ciudad.[23]

El tercer fundamento es la exaltación del *espíritu como racionalidad*. De este principio deriva el nacimiento de la ciencia (revolución científica) y la difusión de la instrucción (universidades, escuelas de alfabetización e imprenta), pero también la idea de la superioridad del hombre sobre la naturaleza (el *homo faber* y, a partir de él, la técnica). Los humanistas y los grandes científicos y artistas del Renacimiento, primero italianos y más tarde europeos, se convirtieron en intérpretes de este principio.[24] La sistematización del conocimiento, el método experimental de búsqueda de pruebas y el análisis comparativo que se desarrollaron en aquella época permitieron que desde entonces y hasta nuestros días se acumularan sin cesar los resultados científicos. Como decía Newton, «si he logrado ver más lejos ha sido porque soy un enano subido a los hombros de gigantes».[25]

Por último, hay un cuarto elemento que también fue fundamental: la *separación de poderes* para evitar que se concentraran en unas pocas manos y para permitir los *checks and balances*, es decir, el control recíproco. Esta separación de poderes entrañó, en primer lugar, una distinción entre poder civil y poder religioso, que se logró aplicar en Europa, aunque no sin contradicciones y graves conflictos (en cambio, esta distinción se rechazó en el mundo islámico y en China careció de relevancia); en segundo lugar, también implicó una articulación de la sociedad en «gremios» (cuerpos intermedios) que disfrutaban de una amplia autonomía. Posteriormente, se consiguió introducir una separación entre poder legislativo, ejecutivo y judicial, que no existía en los estados absolutos.[26]

Estas fueron las características de la sociedad europea que, a pesar de las contradicciones y los pasos hacia atrás, hicieron posible que surgieran una serie de prácticas económicas sumamente inclusivas, capaces de brindar una ventaja comparativa a Europa incluso antes de la revolución industrial.[27] Una de las cuestiones que se ha debatido extensamente en la literatura más reciente es la reacción frente a la peste negra en el siglo XIV, un hecho que puede calificarse de mundial, dado que afectó a todo el continente eurasiático. La muerte de decenas de millones de personas produjo un aumento generalizado de los salarios, aunque solo en unos pocos países europeos ese aumento se mantuvo de forma sostenida en los siglos posteriores y dio lugar

a mecanismos económicos que condujeron a la revolución industrial, como se explicará en el capítulo 3. En otras áreas, en cambio, se trató de un episodio más o menos breve.[28] El cuadro 1.3 ofrece una imagen cuantitativa del retraso relativo de Europa en torno al año 1000 y de la creciente ventaja del continente antes de la primera revolución industrial. En el capítulo 2 nos detendremos en aquellas instituciones y prácticas económicas que resultaron más útiles para la creación de la ventaja europea y que aparecieron en las ciudades-estado italianas, primero, y en el comercio internacional que fomentó las exploraciones geográficas, después. En el capítulo 3, en el que hablaremos de Gran Bretaña, comprobaremos cómo algunas zonas europeas avanzaron a más velocidad que otras.

CUADRO 1.3. *PIB per cápita en el mundo (en dólares de 1990)*[a]

	1000	1500	1600	1700	1820	1870	1911	1952	2003	Índice EE. UU. = 100	2003 1500 = 1
Europa occidental	425	772	889	987	1.110	1.960	3.457	4.719	16.821	58	22
Estados Unidos	400	400	400	527	1.257	2.445	5.301	10.316	29.037	100	73
Japón	425	500	520	570	669	737	1.387	2.336	21.218	73	42
China	466	600	600	600	600	530	562	538	4.803	17	8
India	450	550	550	550	533	533	673	629	2.160	7	4
Latinoamérica	Sin datos	Sin datos	Sin datos	Sin datos	691	742	1.618	2.588	5.786	20	Sin datos
México	400	425	454	568	759	674	1.732	2.504	7.137	25	17
Brasil	Sin datos	400	428	459	646	713	811	1.752	5.563	19	14
Antigua Unión Soviética	400	499	552	610	688	943	1.488	2.937	5.397	19	11
Federación de Rusia									6.323	22	
Imperio otomano y predecesores	600	660	Sin datos	770	740	825	1.213	—	—	—	—

[a] Maddison basa sus cálculos en el valor del dólar en 1990, que utiliza como referencia. Todos los demás valores expresados en monedas se convierten a dólares sin utilizar los tipos de cambio actuales, que, como es sabido, son volátiles y no reflejan con exactitud la estructura de los precios relativos. Para facilitar la comparación internacional entre magnitudes propias de la contabilidad nacional, se ha desarrollado un sistema de tipos de cambio con «paridad de poder adquisitivo» que se calculan sobre la base de una cesta representativa de la compra de bienes y servicios, valorados con los precios que presentan en cada momento en los países incluidos en la comparación. Fue la Organización de Naciones Unidas quien primero desarrolló este método, que posteriormente se ha aplicado también en la Unión Europea y que hoy en día emplean igualmente los historiadores. Así pues, los cálculos de Maddison deben entenderse desde la perspectiva de la paridad de poder adquisitivo.

Fuentes: Véase el cuadro 1.1 y, en el caso del imperio otomano, J. Bolt y J. L. van Zanden, «The first update to the Maddison Project: Re-estimating growth before 1820», *Maddison Project Working Paper 4*, 2013.